

LA NIÑERA

Este poema, que en 1898 publiqué en *El Siglo* bajo el seudónimo de José Cleizalde, fue dedicado a Guillermo R. Calderón. Quiero que esta página conserve el nombre del ilustre artista que vive aún; pero ya no vive para la Patria ni para las letras.

I

Tímida como el ave que se asusta
Si en la hojarasca suena
Pie de viajero que a la sombra viene,
Dejó Carmen la aldea.

No lloró al despedirse, pero luego
Recordaba con pena
Las campestres cabañas y el musgoso
Tejado de la iglesia.

Rosadas eran sus mejillas, negros
Sus ojos y sus trenzas;
Ruborosa sin par, la más sencilla
De las aldeanas era.

A la ciudad llegó y en su ruido
Sintió angustia suprema,
Amor a su aldeilla retirada,
Languideces de ausencia.

Pero luego cambió el tosco sombrero
De paja que en las éras
La protegió del sol, y el burdo traje
De las hijas de aldea.

Y desde entonces olvidó las frases
Del cura, las risueñas
Mañanas de la trilla, su cabaña
En la hirsuta ladera.

Más tarde, entre cortinas de damasco
Y a través de vidrieras,
Seguía con mirada indiferente
La muchedumbre inquieta.

A veces el crujido de los carros
Fugaz reminiscencia
Le traía del mísero terruño
Do vio su edad primera.

Pero al instante un gesto, la sonrisa
De unas bocas parleras
De niños rubios, ojiazules, tersos,
Poníanla risueña.

Dejó ha poco su choza solitaria
Que desde la vereda
Blanquear se veía, por pesado
Edificio de piedra.

Y la airosa muchacha de los campos
Que en su nativa tierra
Tanto amaron los suyos, de repente
Se convirtió en niñera.

II

En Juan, el carpintero de la esquina,
Carmen ha adivinado
La dulce imagen que al cerrar los ojos
Le acaricia los párpados.

Satisfecho de todo, alegre, activo,
Es un mozo muy guapo
Aquel mancebo de facciones bruscas
Y musculosos brazos.

Desde el primer albor de la mañana
No da paz a la mano,
Silba el serrucho y la madera cruje
O suena el martillazo.

En sus miembros, que ha mucho fortalece
El asiduo trabajo,
Calor de savia inextinguible esparcen
Los veinticinco años.

Carmen pasa, se miran, se sonríen,
Los corazones de ambos
Saltan como aves que en el nido sienten
Del sol el primer rayo.

Carmen ve en Juan la fuerza; la complace
Sin ser vista, atisbarlo
En esa actividad que a la molicie
Causa enojos y pasmo.

Y él la ve como incauta golondrina
Que en un alero extraño
Vino a plegar las ateridas alas
Nido y amor buscando.

Ella no sabe—el carpintero piensa—
Que en mis ensueños hallo
Para inclinar mi palpitante frente
Su seno tibio y blando.

¡Tan tímida, tan buena! ¡Pobrecita!
¡Qué negros desengaños
La esperarán más tarde....! Yo la quiero....
Pero ¿quién no ha cambiado?

De tarde, en el balcón del edificio
 La observa el artesano
 Entre niños de rubias cabecitas
 Y frentes de alabastro.

Oye las carcajadas de los niños;
 Siente crujir el raso
 De los revueltos cortinajes, goza
 Con los relieves áureos.

Y envidia los azules aposentos
 Y los lechos nevados
 Donde duermen las jóvenes esposas
 Entre amorosos lazos.

Cuando advierte la púdica niñera
 Que Juan la está mirando,
 Cúbrese de rubor, y enamorada
 Miralo de soslayo.

Y ocultar pretendiendo sus sonrisas,
 Su interno sobresalto,
 Acaricia las frentes de los niños
 Con maternal encanto.

Luégo repican las campanas, crece
 La sombra en el espacio
 Y de los dos amantes finaliza
 El silencioso diálogo.

III

Temerosa una noche y conmovida
 Carmen besó en silencio
 Los niños uno a uno, y apartóse
 Después con paso trémulo.

Nadie la vio salir, ni despertaron
 Los infantes aquellos,
 Cuando en sus sienes sonrosadas ella
 Los labios dejó impresos.

De pie en la esquina, en ansiedad suprema,
 A menudo creyendo
 Escuchar el ruido de sus pasos
 La esperaba el mancebo

Y viola al fin llegar, menudo el paso,
 Gracioso el contoneo,
 Rumorosas las faldas, y salióle
 Cariñoso al encuentro.

Después plazas y oscuras callejuelas
 De brazo recorrieron,
 El balbuciente y agitada ella
 Por amoroso miedo.

La luna apareció y en las azules
 Soledades del cielo
 Rodó su claridad, y al mundo trajo
 Mudez, reposo inmenso.

Y hubo en aquella noche como nupcias
 Secretas, como tiernos
 Idilios a la sombra de la selva
 Que cobija el misterio.

Entrecortadas frases y suspiros,
 Leves, lánguidos ecos
 De lugares incógnitos traían
 Los fugitivos vientos.

Y arriba en las alturas fulguraban
 Los pálidos luceros
 Como ojos cuyos párpados se cierran
 Al influjo del sueño.

¡Nada hay inerte en tu reposo, oh noche!
 ¡Bajo tu mudo imperio
 En los seres la vida continúa
 Su sordo movimiento!

Los botones revientan, aparecen
 Los informes renuevos,
 A la flor baja el polen y abre el grano
 De la tierra en el seno.

IV

Brilló la aurora, se escondió la luna,
 Resonó en el camino
 El rechinante carro, dio la torre
 Su piadoso gemido.

Sola, en silencio, la mirada flébil
 Y el rostro pensativo,
 Tornaba Carmen a la ajena casa
 Donde encontró un asilo.

Recordaba cual nunca esa mañana
 En que su padre vino
 A dejarla adelante del poblado
 Y ¡adios! allí le dijo.

No pudo resistir el pobre viejo
 Tan duro sacrificio
 Y anubló de repente sus pupilas
 El llanto comprimido.

En el primer recodo del sendero
 Paróse, dio un suspiro,
 Y en la muchacha las pupilas puestas
 De lejos la bendijo.

Y ella fue atrás dejando el llano verde,
 El puente conocido,
 La sonante arboleda cuya sombra
 Buscaba de continuo.

Poco a poco sintió que se alejaban
 Los ecos de su río,
 Y aún su murmurar acompasado
 Resuena en sus oídos.

Iba con rapidez, y antes que oculto
 Quedara por los riscos,
 Volvió la vista y contempló de lejos
 Su pobre caserío.

¡Allí quedaban sus amores, todo!
 Su madre por los hijos
 Menores rodeada, retorciendo
 Siempre en la rueca el hilo;

El padre anciano, que al caer la noche,
 De fatiga rendido
 A su choza tornaba conduciendo
 La yunta ya sin bríos;

Y allí también la iglesia. ¡Cuántas veces,
 En ella, sin testigos,
 En llanto puro humedeció sus ojos
 Como en suave rocío.

Y ahora ¿qué de lo pasado queda?
 Todo! desaparecido!
 ¡Cuán sola el alma en que el pesar extiende
 Su medroso dominio!

¡Adiós, castas promesas, leves horas
 Pasadas al abrigo
 Del techo paternal, serenas tardes,
 Alboradas de estío!

¡Adiós, oh campos bellos, dulces campos
Do jamás el fastidio
En los jóvenes senos anticipa
Senil cansancio y frío!

Carmen pensaba en esto. De repente
Se detuvo ante el quicio
De la maciza casa y de sus ojos
Enjugó el llanto tibio.

Temió un instante, pero ya crecía
De la mañana el brillo,
Y entró al fin como el pájaro que siente
El olor de su nido.

Allegóse a mirar los pequeñuelos
De boca fresca y rizos
Dorados como el sol, a quienes ella
Olvidó en su delirio.

¡Aún piadoso los guardaba el cielo!
Reposaban dormidos!
Carmen los vio y en su agitado seno
La pena se deshizo.

E inclinóse a besarlos, pero al punto
Pensamiento sombrío
Turbó su corazón.... y miedo tuvo
De besar a los niños!

EPILOGO

Ciñe su blanca sien con un pañuelo
Ella, que se ciñó pura guirnalda,
Y oculta la blancura de su espalda
Chaqueta de raído terciopelo.

Ya no luce en sus manos la esmeralda,
Ni brilla el oro que halagó su anhelo,
Y a sus correctas formas hacen velo
Los desteñidos pliegues de su falda.

Y cuando nadie en la ciudad la nombra,
Al fin termina su existencia breve
Del antiguo hospital bajo la sombra;

Y ante aquella difunta como nieve
El audaz anatómico se asombra
Y el alma del artista se conmueve!

LUIS MARÍA MORA

1893.

DE NOVIS ET VETERIBUS

Señor don Juan Manuel Arrubla—La ciudad.

Mi estimado Juan Manuel:

Se presta mejor el desenfado de la carta, en que la verdad de nuestros pensamientos queda menos velada, para trasladar algunos temas de nuestras conversaciones, a los cuales ha dado consistencia, como si fuera un catalizador, tu magnífico artículo sobre Leopardi.

Así como a la sombra de un árbol nos detenemos a contemplar el paisaje que nos rodea, así a la sombra de tu comentario sobre Leopardi en lengua castellana—que en este caso sería la sombra de un olmo romántico o de una encina griega—me vas a permitir algunas indicaciones en el paisaje literario que quisiera desplegar a tu vista.

De fijo, mis pupilas no abarcarán mucho espacio; pero la intención de unirte, en esa forma, a las enal-